



INSIS

Handwritten notes in white ink:
green
show
21
ah
21
ah
21
ah
21
ah

CIENCIAS

Dilsa
Jiménez

JAIRO MORENO OSPINA*

Autora de las imágenes (obra) que acompañan este
número 20 de la Revista Pensamiento y Acción

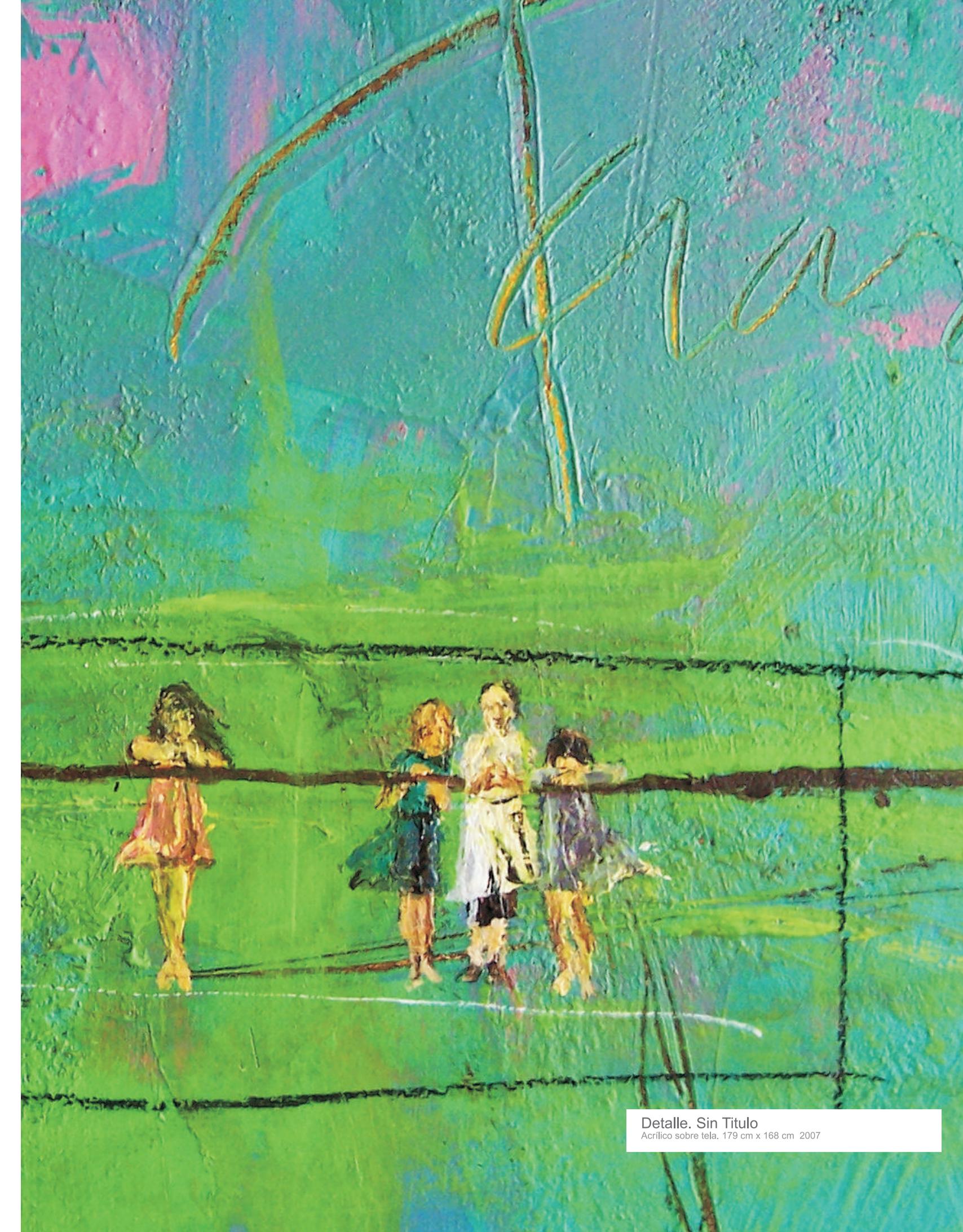
*Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Docente
Licenciatura en Artes Plásticas. jairo.morenoospina@gmail.com

Estaba en la cafetería de la esquina, cerca del mediodía. El sol en lo más alto daba esa luz brillante particular de las ciudades que existen en las cumbres de las montañas, es más brillante, cubre todo tendiendo a desdibujar las formas, a dejar solo una extensa superficie de luz, casi hace daño mirar. La zapatería, el edificio de la alcaldía, las calles... luchaban por conservar su forma. Miraba desde la mesa tomando tinto; adentro, la luz era adecuada pero parecía una penumbra frente a lo que se veía afuera. Llega Dilsa, ya la conocía de algunos años atrás, cuando estaba adelantando sus estudios de licenciatura en artes plásticas. Hacía mucho que no la veía, sin embargo no ha cambiado, es muy joven aún. Sigue siendo la mujer inquieta, inteligente, convencida de lo que hace. Un fuerte abrazo afectuoso da inicio a una conversación que me permite conocerla más y entender mejor su trasegar por ese camino escogido.

En el cercano oriente de Tunja se extiende una altiplanicie fértil, grandes colinas de suaves hondonadas sembradas de trigo, cebada, avena, papa, maíz... van cambiando de color a medida que los cultivos maduran, verde viche, no tan viche, amarillos claros, fuertes, en otros momentos con puntos de color, en otros, pequeños grupos de personas se mueven lentamente por esos campos de color que van cambiando a su paso y de nuevo, verde viche... los ancestros de Dilsa formaron sus familias allí, de niña corría y jugaba entre los cultivos, entre las extensiones de color. De pequeña, cuando salía de paseo con la familia a otros lugares, el paisaje campesino seguía envolviendo los caminos llamando su atención, desde la altura de las carreteras se seguían viendo los cosecheros recogiendo los cultivos, a veces eran pequeños por la lejanía.

Hacía poco había recorrido esos parajes con un amigo antropólogo, reconociendo ese paisaje muchos años sin visitar; seguían siendo casi los mismos que habitó la familia de Dilsa, ahora allí se encuentra la represa “La Copa”. Las tierras que su familia habitó ahora están inundadas, el encanto del paisaje aún persiste, las extensiones de los cultivos, la luz moviéndose entre ellos, los diferentes tonos que dan los sembrados. Mi amigo seguía maravillado por la belleza de este territorio al que pertenecemos.

El arte ha estado presente en su familia aun antes de que ella naciera, un abuelo conoció a un escultor italiano y no pudo evitar convertirse en su aprendiz, sacando formas de las piedras; otro fue un clarinetista destacado, su padre y sus tíos sacaban acordes a las guitarras, el traslado a la capital ya se fue dando. Ella rayando hojas y libros, muchos echados a perder, no solo rayados y dibujados en los bordes, sino textos invadidos por nuevos trazos y formas.



Detalle. Sin Título

Acrílico sobre tela, 179 cm x 168 cm 2007

Llega la hora de ir al colegio, la primaria en el Selección, uno de los más tradicionales, a unas cuadras de su casa en Tunja. Afortunadamente allí pudo seguir teniendo la libertad de expresarse con los trazos, no importaba que se saliera de los bordes de las plantillas, a su profesora no le importaba mucho eso. El bachillerato se adelantó con las monjas del Colegio del Rosario, las clases de arte seguían fluyendo y cuando llegaba a casa, eran las primeras tareas que se hacían, antes de las de matemáticas, lenguaje, biología. En los dos últimos años, en la clase de filosofía, esta inquietud por expresarse característica de niños y jóvenes, se fue tornando en algo más profundo. Este buen profesor la fue impulsando en el camino que define su vida, fue comprendiendo los alcances de ese gusto al expresarse por las formas, por esa manera particular de integrarse con el mundo.

Cuando salimos de bachillerato algunos no tenemos claro que queremos ser profesionalmente, tanteamos diferentes caminos, yo mismo me tardé unos buenos años en definirlo. Dilsa también tanteó, pero lo resolvió mucho más rápido: diseño, arquitectura, matemáticas. Es curioso que contrario a las preconcepciones de que el arte y los números son mundos diferentes, buena parte de los que estamos en este medio hemos tenido buenas relaciones con ellos. Y se define por estudiar artes plásticas, las posibilidades se extienden, pedagogía artística, vídeo, fotografía, escultura, grabado, textiles, otras oportunidades de relacionarse con la materia, manipularla, entenderla. Fue allí donde la conocí. Verla sustentar sus entregas de proyectos semestrales, la forma como argumentaba sus resultados, las búsquedas que había realizado, siempre les daba un tinte profesional, fue una estudiante destacada.

Sin embargo, se dio permisos de incursionar en estas otras técnicas, participando con instalaciones en las exposiciones generadas por la licenciatura, y fue así como nos acompañó en el salón regional de artistas con un trabajo conformado por miles de barquitos de papel que decidió bautizar “Ciudad inundada”, un trabajo realizado en compañía de las comunidades de Tunja, que en ese momento habían sido afectadas por las inundaciones que sufrió la ciudad y que más adelante hizo parte del 40 Salón Nacional de Artistas.

Las clases de historia del arte permiten comprender cómo se ha entendido el mundo desde la expresión, no solo plástica, sino musical, arquitectónica o desde la literatura. Empezamos a tener afinidades, cercanías, y Dilsa comienza a conformar eso que ella llama su familia artística, el romanticismo con William Turner, esas maravillosas atmósferas que invaden todo el cuadro, Gerhard Richter, Sigmar Polke ya contemporáneos, más abstractos. Artistas universales Willem De Kooning,

cultural de las comunidades. Indaga, contacta gente, el proyecto se amplía y en la coordinación del trabajo con los otros artistas también aprende. Sus pinturas conocen el plateado. Al llegar el momento de la sustentación, su trabajo es laureado.

Como cuando se termina el bachillerato, un nuevo abanico de posibilidades está abierto; ya hay una experiencia con la pintura. Su profesora Eliana Márquez la impulsa a seguir ese camino. Ella insiste y vende su primer cuadro, esas primeras veces son indelebles en el recuerdo, el primer beso, el primer sueldo, el primer amor... la primera exposición es en Sogamoso. Va surgiendo la necesidad de tener su estudio, un lugar donde trabajar con tranquilidad; tuvo la claridad de que sería en un lugar distinto al que reside. Su mamá siempre ha estado a su lado, una mujer luchadora, trabajadora, que la apoya incondicionalmente, así, poco a poco se va dando a conocer.

Como siempre las cosas van fluyendo, alquila un local comercial para que le sirva de estudio, empapela las ventanas de la calle para trabajar, la gente empieza a preguntarle cuándo va a abrir, nadie sabe qué, pero igual preguntan. Para aplacar la curiosidad, instala en la vitrina un panel con uno de sus cuadros dando a la calle y las preguntas cambian, que si da clases de arte, que cuánto cuestan los cuadros; la pintura exhibida finalmente se vende y da para el arriendo de unos meses. Otros artistas la visitan y le piden permiso para exhibir también sus trabajos, y esa parte que se había insinuado en el proyecto de grado, la gestión, se termina desarrollando. Para ofrecer sus trabajos y el de sus amigos, necesitaba conocer más del mercado del arte, de la historia del arte, cómo guiar a los compradores.

Paralelamente, Dilsa ya había establecido contacto con las personas que le están ayudando en su desarrollo y reconocimiento como artista, un campo ajeno a la academia y que solo se aprende en el desempeño profesional, aunque allí adquiere sentido eso que se aprendió en historia del arte, conoce el medio de galeristas, marchantes, empieza a respetarlo, admirarlo, reconocerlo como una de las áreas importantes dentro del mundo del arte. Conoce a María Cristina Jiménez quien la representa unos años, ya hay una amistad, ella siempre le pide más de su desarrollo artístico, inicia a relacionarse con otros de más renombre, Alfred Wild, Eduardo Serrano. Conoce a Gerardo Reyes, un galerista residente en Atlanta. El mercado del arte es un campo económico reconocido, nombres respaldados con unas trayectorias y calidades artísticas, y el suyo, gracias a esa labor, ya hace parte de ellos. La experiencia de su taller le dio la oportunidad de saber que su labor tenía que enfocarse en producir arte y dejarle a los expertos el movimiento de su obra.

Cuando le preguntó por el color, se le iluminan los ojos, su vida es el color, su pasión es el color, su obra es el color, cree en la pureza del color, la



Detalle. Partida de Ajedrez
Acrílico sobre tela, 104 cm x 150 cm 2009



respeto, no permite que se ensucie. ¿Alguno preferido? Todos. Aunque hay tendencia hacia los rojos, y cierta obsesión por el, para ella casi imposible, el que casi no encuentra, el violeta. Y ¿el formato? Todos. El pequeño, el que pareciera casi un ejercicio, tratado con el mismo cuidado que los grandes, esos que involucran una performance, un esfuerzo corporal agotador, un manejo de la brocha contundente. El ojo se ha afinado, la mano, el brazo, el trazo es más preciso, el color aplicado es el exigido por el lienzo. Los formatos grandes invaden completamente el espacio visual y la experiencia cambia. Su estudio a veces tiene por todas partes obras de tonalidades rojas, vibra, la energía la impulsa, encuentra más tonalidades.

Esos campos de color siempre involucran personajes, siempre escritura. Para ella, al paisaje sin gente siempre le falta algo, está incompleto. En sus cuadros hay niños, recuerdan cuando desde la carretera se les ve en los



Detalle. 20 años antes.
Acrílico sobre tela. 76 cm x 200 cm 2009

campos camino a la escuela, o a las familias paradas frente a sus casas, los paseos de olla o el paseo al río. Sus cuadros siempre me han llevado a pensar en la vida rural, en la vida sencilla abrigada por los campos de color. Y la escritura, buscando la riqueza del trazo, el dibujo de la escritura, convertir el trazo en mancha, la sugerencia, la posibilidad, la insinuación. Algo así como lo que se encuentra en *Tierra baldía* de Eliot, uno de sus escritores preferidos.

Quince años dedicada a la pintura, insistiendo, siempre insistiendo desde que decidió que por ahí sería. Cada vez encontrando más. Sentir que su trabajo traspasa fronteras y que se universaliza, la gratifica, pero lo que la llena realmente como artista es cuando alguien se conmueve frente a uno de sus cuadros. Es cuando tanta insistencia adquiere pleno sentido.